COMUNIÓN DE GRACIA INTERNACIONAL

Capacitador Sermones edición de noviembre CGI

-Sermones para Diciembre 2026-

6 de diciembre	2
13 de diciembre	18
20 de diciembre	35
24/25 de diciembre	52
27 de diciembre	54

Sermón del 6 de diciembre de 2026 INICIO

Segundo Domingo de Adviento:

El Dios que viene a consolar

En el segundo domingo de Adviento, recordamos que la verdadera paz proviene de la presencia de Dios. A través de Jesús, Dios se acerca para consolarnos, restaurar lo que está roto y guiarnos hacia la paz que solo él puede dar.

Les recomendamos comenzar su culto y sermón centrándose en el Adviento. El tema del **Segundo Domingo de Adviento es la Paz**. Pueden incluir reflexionar sobre este tema, leer las Escrituras, encender la segunda vela de Adviento y ofrecer una oración de gratitud por el consuelo que recibimos de la paz de Jesús.

Mira aquí nuestra guía para la Iglesia durante el Adviento.

Salmo 85:1–2 , 8–13 • Isaías 40:1–11 • 2 Pedro 3:8–15a • Marcos 1:1–8

El tema de esta semana es **el Dios que viene a consolar**.

En nuestro salmo de llamado a la adoración, el salmista recuerda el perdón y la restauración de Dios en el pasado

y mira hacia el día en que la justicia y la paz se unen cuando Dios se acerca a su pueblo. En Isaías, Dios ordena que se pronuncien palabras de consuelo sobre los exiliados cansados, prometiendo que el Señor mismo vendrá, llegando con poder, pero recogiendo a sus ovejas con ternura en sus brazos como un pastor.

En 2 Pedro, la aparente demora de la venida del Señor se revela como su paciencia, pues Dios no quiere que nadie perezca, sino que todos lleguen al arrepentimiento.

Y en el evangelio de Marcos, la venida prometida llega en persona, cuando Juan prepara el camino para Jesucristo, el Hijo de Dios, en quien finalmente nos llega todo el consuelo de Dios.

Recordatorio: Este párrafo introductorio tiene como objetivo mostrar la relación entre las cuatro selecciones del Leccionario Comùn Revisado de esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No debe incluirse en el sermón.

Dios viene a consolarnos en Jesús.

Marcos 1:1–8 **NVI**

En este segundo domingo de Adviento, nuestro camino continúa de la esperanza a la paz. El Adviento nos recuerda que la paz que anhelamos no comienza con nuestra capacidad de arreglarlo todo.

Dios viene a nuestro mundo inquieto y herido para encontrarse con nosotros personalmente. Y como Marcos anuncia el comienzo de la buena noticia, descubrimos que **Dios viene a consolarnos en Jesús.**

El Adviento es también un tiempo de espera. Todos sabemos lo que es esperar una palabra que no llega.

El teléfono que permanece en silencio mientras esperas los resultados de la prueba. El hijo que creció, se mudó y poco a poco dejó de llamar. La oración que has orado tantas veces que ya casi no quieres pedir de nuevo .
El Adviento es un tiempo de espera y anticipación. Esperar es una de las cosas más humanas que hacemos, y también una de las más difíciles, porque siempre conlleva una pregunta oculta: ¿Me han olvidado?
Israel conocía bien esa pregunta.

Para cuando comienza nuestra historia, el pueblo de Dios llevaba más de cuatrocientos años sin escuchar a un profeta. ¡Cuatrocientos años! Generaciones enteras nacieron, vivieron y murieron sin escuchar ni una sola palabra nueva desde el cielo.

Aún conservaban las antiguas promesas, rollos repletos de ellas, pero el silencio se había prolongado tanto que

muchos se preguntaban si las promesas seguían vigentes. Si Dios aún se acordaba. Si siquiera volvería.
Tal vez conozcas ese silencio. Tal vez lo estés viviendo ahora mismo.

Si es así, este sermón es para ti, porque Marcos escribió su Evangelio para quienes vivían en el silencio. Su primera frase es un anuncio tras cuatrocientos años de quietud: la espera ha terminado. El **Dios que viene a consolar** ha llegado.

En medio de ese largo silencio, Marcos escribe su primera frase. Escucha cómo empiezan las buenas noticias.

LEE Marcos 1:1-8

Comienzo del evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios.

2 Sucedió como está escrito en el libro del profeta Isaías:

«Yo estoy por enviar a mi mensajero delante de ti,
el cual preparará tu camino».[b]
3 «Voz de uno que grita en el desierto:
“Preparen el camino para el Señor,
háganle sendas derechas”»

La buena noticia comienza con Dios, no con nosotros.
Fíjate en cómo empieza Marcos. No con un mandato. No con una lista de cosas que debemos hacer para prepararnos para Dios. Empieza con un anuncio:
«Comienzo del evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios».
Marcos 1:1 NVI

Antes de que nadie en esta historia se arrepienta, crea, ore o prepare nada, Dios ya lo ha puesto todo en marcha. Él es quien da el primer paso. Siempre ha sido así.
La expresión «buenas noticias» no era originalmente un término eclesiástico. En la época de Marcos, se refería a un anuncio público, del tipo que un mensajero llevaría desde un campo de batalla o un palacio: se ha obtenido una victoria; un nuevo rey ha ascendido al trono.

Quienes lo oyeron no hicieron nada para que la noticia fuera cierta. Simplemente era cierta, y ahora les correspondía recibirla y celebrarla.
Así es precisamente como Marcos quiere que entendamos todo lo que sigue.
El evangelio no es un consejo sobre cómo podemos ascender hasta Dios. Es la noticia de que Dios ha descendido a nosotros. Antes de que moviéramos un dedo, antes de que nos hubiéramos limpiado, antes incluso de que supiéramos que lo estábamos esperando,

Dios decidió venir. Las buenas noticias comienzan con Dios, no con nosotros.

Y eso significa que la persona cansada, la que siente que ya no tiene nada que ofrecer, está en la posición ideal para escuchar esta historia. No necesitas llevar nada cuando se anuncia algo.

Solo necesitas oídos para escucharlo. Marcos llama al versículo uno «el principio» de las buenas nuevas, y en cierto sentido, las buenas nuevas que comenzaron allí nunca se han detenido. Todavía se anuncian. Se te anuncian ahora mismo.

La Venida fue prometida por un Dios que nunca olvidó

2 Sucedió como está escrito en el libro del profeta Isaías:
«Yo estoy por enviar a mi mensajero delante de ti,
el cual preparará tu camino».
3 «Voz de uno que grita en el desierto:
“Preparen el camino para el Señor,
háganle sendas derechas”». Marcos 1:2-3 NVI
Esas palabras provienen de Isaías 40 , y es útil recordar quién las escuchó primero. Fueron dirigidas a Israel en el exilio, un pueblo arrastrado a Babilonia, lejos de su hogar, convencido de que Dios se había desentendido de ellos. Y las primeras palabras de ese capítulo son estas:

«Consuelen, consuelen a mi pueblo!
—dice su Dios—..» Isaías 40:1 NVI

Era consuelo. Dios miró a su pueblo cansado, culpable y alejado, y lo primero que estuvo en su corazón fue el darles consuelo. Luego vino la promesa: una voz clamaría un día en el desierto, porque el Señor mismo vendría a traer a su pueblo de vuelta a casa.

Pasaron siglos. Los exiliados regresaron, pero la promesa, en toda su plenitud, seguía presente. Luego vinieron cuatrocientos años de silencio. Y esto es lo que Marcos quiere que comprendamos: el silencio nunca fue ausencia. Durante todo ese tiempo, Dios no ignoró a su pueblo. Cumplió su promesa, guiando la historia hacia el día en que su voz finalmente resonaría en el desierto.
Pedro lo dice claramente en su carta:

«9 El Señor no tarda en cumplir su promesa, según entienden algunos la tardanza. Más bien, él tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que nadie perezca, sino que todos se arrepientan.» 2 Pedro 3:9
Lo que para nosotros parece una demora, desde la perspectiva de Dios es paciencia. Él espera porque no quiere dejar a nadie fuera. El **Dios que viene a consolar** nunca ha dejado de venir. Siempre estuvo en camino.

Y fíjense en cómo toda la familia de Dios participa en esta promesa. El Padre es quien la proclamó por medio de Isaías y jamás la olvidó. El Hijo es quien ahora viene a cumplirla personalmente. Y el Espíritu de Dios es quien mantuvo viva la esperanza en los corazones expectantes durante el largo silencio, preservando las antiguas palabras hasta el día en que se hicieron realidad.

Si has estado esperando en Dios, este es tu versículo del sermón: su silencio no significa su ausencia. Dios, al cumplir su promesa a Israel, nos ha mostrado su fidelidad de una vez por todas en Jesús. Aun cuando no podemos ver lo que hace, podemos confiar en el Dios que ha venido a nosotros y no nos abandonará.

Dios retoma la historia justo donde la dejó.
Entonces sucede. Después de cuatrocientos años, aparece un hombre:
«4 Así se presentó Juan, bautizando en el desierto y predicando el bautismo de arrepentimiento para el perdón de pecados.» Marcos 1:4 NVI
Marcos nos da dos detalles sobre Juan que son fáciles de pasar por alto, y ambos son intencionados. Nos indican que Dios retoma la historia justo donde la dejó.
El primer detalle es el lugar:
5 Toda la gente de la región de Judea y de la ciudad de Jerusalén acudía a él. Cuando confesaban sus pecados, él los bautizaba en el río Jordán.Marcos 1:5 NVI

Juan se bautiza en el río Jordán. De entre todos los ríos y estanques de Israel, ¿por qué el Jordán? Porque el Jordán fue el punto de inflexión de la historia del pueblo de Dios hace mucho tiempo. Tras cuarenta años de peregrinación por el desierto, Israel cruzó las aguas del Jordán y entró, por fin, en la tierra prometida (Josué 3). El Jordán fue la puerta de entrada entre el peregrinaje y el hogar.

Así pues, cuando Juan llama al pueblo de vuelta al desierto y al mismo río, los invita a retomar su propia historia. A volver al umbral. A confesar que se han extraviado, que necesitan empezar de nuevo y cruzar las aguas una vez más, confiando en que Dios los llevará de vuelta a casa. Solo que esta vez, lo que les espera al otro lado del agua no es un pedazo de tierra. Es una Persona. La verdadera tierra prometida estaba a punto de surgir de Galilea, y su nombre era Jesús.

Y luego está el peculiar atuendo de Juan: pelo de camello y un cinturón de cuero. Los primeros oyentes de Marcos lo habrían reconocido. Así se describía al profeta Elías del Antiguo Testamento. Y el último libro del Antiguo Testamento, Malaquías, había prometido que Elías vendría antes del día del Señor.

Imagínense. Cuatrocientos años de silencio, y de repente un hombre vestido como Elías aparece en el desierto y anuncia que el Señor está cerca. Todo en Juan era Dios

diciendo: No he olvidado ni una sola palabra que dije. Dios cumplió su promesa hasta en el último detalle, incluso en la vestimenta.

Y aquí está la parte que no debemos pasar por alto. Juan predicó el arrepentimiento, y la gente confesó sus pecados, pero su arrepentimiento no fue lo que hizo que el Señor viniera. Él ya estaba en camino. El Rey vendría, estuviera o no preparado el camino.

El arrepentimiento no provoca la llegada de Dios; simplemente nos abre paso para recibirlo. No se trata de una actuación ansiosa, como si pudiéramos ganarnos una visita del cielo con solo sentirnos lo suficientemente arrepentidos. Se trata de un regreso gozoso, de dar un giro porque alguien maravilloso se acerca y no queremos perdérnoslo.

Él viene con poder y recoge a los corderos.

¿Cómo será, pues, este que viene? Juan nos lo dice: «Después de mí viene uno más poderoso que yo; ni siquiera merezco agacharme para desatar la correa de sus sandalias. 8 Yo los he bautizado a ustedes con agua, pero él los bautizará con el Espíritu Santo». Marcos 1:7-8

Más poderoso. Desatar las sandalias era tarea del sirviente más humilde de la casa, y Juan, el profeta más

grande de su época, y a quien Jesús llamó el más grande nacido de mujer, dice que ni siquiera es digno de eso. Isaías había dicho lo mismo acerca de este día: el Señor viene con poder, y su brazo gobierna por él.

Un poder así podría ser aterrador. Si el Todopoderoso finalmente viene, ¿deberíamos huir y escondernos? Pero escuchen lo que Isaías dice que hace este Todopoderoso cuando llega: «Como un pastor cuida de su rebaño; recoge a los corderos en sus brazos y los lleva junto a su pecho» (Isaías 40:11). Con todo ese poder, ¿qué hace con él? Se inclina. Recoge a los débiles. Los lleva contra su pecho.

Este es el **Dios que viene a consolar** . Su fuerza no está dirigida a nosotros; la usa por nosotros. Las manos lo suficientemente fuertes como para estremecer los cielos son las mismas que alzaron a los corderos. Cuando Jesús aparece en el Evangelio de Marcos unos versículos más adelante, vemos precisamente esto: poder usado para sanar, para alimentar, para perdonar, para resucitar a los muertos y, finalmente, para cargar la cruz. En esa cruz, Jesús carga más que madera. Carga nuestro pecado, nuestro alejamiento y todo lo que separa a la humanidad de Dios. Y en su resurrección, trae nuestra humanidad de regreso al Padre.

Su poder y su mansedumbre no son dos caras de Dios. Son una sola cosa. Es poderoso en su mansedumbre y manso en su poder.

Y no viene con las manos vacías. Juan les dijo a los presentes que él los bautizaría con agua, pero Jesús los bautizará con el Espíritu Santo.

Juan podía sumergir a la gente en el agua. Jesús nos da a Dios. Este es el regalo más grande de todos: Dios no solo viene a nosotros, sino que viene a vivir en nosotros.
Veamos de nuevo cómo obra nuestro Dios Trino: el Padre envía a su Hijo al mundo; el Hijo llega y recoge a los corderos en sus brazos; y el propio regalo del Hijo para nosotros es el Espíritu, Dios haciendo su morada en su pueblo.
Esto significa que el consuelo de Dios no es un estado de ánimo ni un momento.

Es Dios mismo, dado a nosotros, morando en nosotros, más cercano que nuestra propia respiración. Y quienes llevan ese consuelo en su interior nunca debieron guardárselo para sí mismos.

Conclusión — Incluida en su venida
Así pues, terminamos donde Marcos empezó: con Jesús.

El Dios que habló en cuatrocientos años de silencio ha pronunciado su última y mejor palabra, y esa palabra es su Hijo. La promesa se cumplió hasta el más mínimo detalle, hasta el río y el pelo del camello. Las aguas han sido cruzadas; la tierra prometida ha llegado a nosotros en una Persona. El Pastor ha venido y ha reunido a sus corderos.

El **Dios que viene a consolar** ha llegado.
Y aquí reside la maravilla: cuando Jesús nos bautiza con el Espíritu Santo, no solo nos visita y se va. Nos integra a su vida. Su Padre se convierte en nuestro Padre. Su Espíritu se convierte en nuestro aliento. Su misión se convierte en nuestra alegría.

El consuelo de Dios no es algo que admiramos desde la distancia; ahora lo vivimos en carne propia, como un cordero en los brazos del pastor. Y eso significa que su obra de consolar al mundo ahora fluye a través de nosotros.

Como Juan, podemos ser voces en el desierto. No hacemos que el Señor venga a nosotros; anunciamos que ya lo ha hecho.

Esta semana, la invitación surge directamente de esta historia. En algún lugar de tu vida hay alguien que vive en

silencio durante cuatrocientos años, esperando, cansado, preguntándose si Dios lo ha olvidado. Un vecino solo con un diagnóstico.

Un compañero de trabajo que atraviesa un divorcio. Un familiar que dejó de tener esperanza hace mucho tiempo.
-¿Qué significaría para nosotros convertirnos en una congregación conocida como un lugar de consuelo divino?
-¿Qué pasaría si las personas cansadas descubrieran entre nosotros que no tienen que ocultar su dolor, fingir que tienen respuestas ni arreglarse para sentirse parte de la comunidad?

Esta semana, sé la voz que rompa el silencio para uno de ellos. Visítalos. Llámalos. Siéntate con ellos y escúchalos. Diles una palabra amable que diga, en voz alta o sin palabras: no te hemos olvidado.
No estás solo. No para traerles a Dios, pues él ya está más cerca de lo que creen, sino para anunciarles la buena noticia de que ha venido y que es bondadoso.
Consuela, consuela a su pueblo.

El Dios que viene a consolar ha venido. Nos ha acogido en sus brazos y nos ha llevado cerca de su corazón, y su consuelo nunca terminará.

Volviendo a la metáfora del Jordán: Israel cruzó el Jordán, pero volvió a extraviarse. Jesús entra en la historia de Israel y completa fielmente el viaje de la humanidad de regreso a casa.

Jesús no solo viene a decirnos cómo volver a Dios. Viene como uno de nosotros y emprende ese camino por nosotros.

Lleva a nuestra humanidad perdida y extraviada hasta su propia vida de fe, a través de la cruz y la muerte, y hasta la resurrección.

En Jesús, Dios hace por nosotros, desde nuestra propia humanidad, lo que jamás podríamos lograr por nosotros mismos.
Dios viene a consolarnos en Jesús.

1. Did Mark borrow the beginning of the gospel of Jesus Christ from the beginning of the gospel of Augustus Caesar? – Biblical Criticism & History Forum – earlywritings.com
2. Commentary on Mark 1:1-20 – Working Preacher from Luther Seminary
3. John 1 Commentary: The Word and the Witness, Verse by Verse

Nota del traductor: Los links previos llevan a páginas en Inglés, pero puedes traducir las páginas para ver el contenido en Español.

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

- ¿Qué significa para ti que el evangelio sea una noticia para recibir, en lugar de un consejo para seguir?
- ¿En qué aspectos de tu vida has confundido la paciencia de Dios con su ausencia?
- ¿Dónde te invita Jesús a recibir el consuelo que ya te ha brindado?
- ¿Qué significa para ti que el poder de Dios se manifieste como ternura en lugar de fuerza?

INICIO

Sermón del 13 de diciembre de 2026 INICIO

Tercer Domingo de Adviento
El Dios que actúa primero

En el tercer domingo de Adviento, nos regocijamos en Dios quien se acerca primero a nosotros. A través de Jesús, su gracia ya está obrando, trayendo esperanza, sanación y la promesa de una nueva vida.

Les recomendamos comenzar su culto y sermón centrándose en el Adviento. El tema del **Tercer Domingo de Adviento es el gozo**. Pueden incluir el reflexionar sobre este tema, leer las Escrituras, encender la segunda vela de Adviento y ofrecer una oración de gratitud por el fruto de gozo del Espíritu Santo.

Mira aquí nuestra guía para la Iglesia durante el Adviento.

Salmo 126:1–6 • Isaías 61:1–4 , 8–11 • 1 Tesalonicenses 5:16–24 • Juan 1:6–8 , 19–28

El tema de esta semana es **«Dios actúa primero»** . En nuestro salmo de llamado a la adoración, el pueblo recuerda las grandes cosas que el Señor ya ha hecho por ellos y le pide que continúe lo que ya ha comenzado.

En Isaías, el ungido declara que el Señor ya lo ha enviado, ungido antes de pronunciar una sola palabra, para vendar a los quebrantados de corazón y revestirlos de justicia.

En 1 Tesalonicenses, Pablo asegura a los creyentes que Aquel que los llama ya es fiel y que terminará lo que ha comenzado en ellos. Y en nuestro pasaje del Evangelio de Juan, Juan el Bautista testifica que la Luz que el mundo ha estado esperando ya está entre ellos, sin ser reconocida, antes de que nadie la haya buscado.

Recordatorio: Este párrafo introductorio tiene como objetivo mostrar la relación entre las cuatro selecciones de Leccionario Comùn Revisado de esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No debe incluirse en el sermón.

Dios actúa primero

Juan 1:6–8 , 19–28 **NVI**

Hoy, tercer domingo de Adviento, la Iglesia celebra el gozo.

Nuestra esperanza y paz se unen al gozo porque el Adviento nos habla de un Dios que no espera a que la humanidad lo encuentre. Dios viene a nosotros. Dios habla, envía, revela y salva. Antes de que podamos responder, **Dios actúa primero.**

Hoy es el tercer domingo de Adviento, y nuestro tema es el gozo. El Adviento es el primer tiempo litúrgico del calendario.

Nuestra lectura de hoy es Juan 1:6–8 , 19–28 NVI.
(Lee los pasajes)

“ 6 Vino un hombre llamado Juan. Dios lo envió 7 como testigo para dar testimonio de la luz, a fin de que por medio de él todos creyeran. 8 Juan no era la luz, sino que vino para dar testimonio de la luz. 6 Vino un hombre llamado Juan. Dios lo envió 7 como testigo para dar testimonio de la luz, a fin de que por medio de él todos creyeran. 8 Juan no era la luz, sino que vino para dar testimonio de la luz. “

Introducción
Semanas, a veces meses, antes de que un presidente descienda de un avión, un pequeño equipo ya está trabajando. Recorren las rutas que seguirá. Inspeccionan cada edificio al que podría entrar. Se coordinan con la policía local, miden distancias, prueban las señales de radio y planifican, al detalle, cómo se desarrollará la visita. Para cuando el presidente llega, ya se ha realizado una enorme cantidad de trabajo por parte de personas en las que el público jamás pensaría.

Cuando el presidente finalmente llega, la multitud se congrega y las cámaras giran, el equipo de avanzada no

se adelanta para saludar. Se retiran entre la multitud. Algunos de ellos están allí mismo, en el grupo de personas que vitorean, habiendo hecho todo lo necesario para que ese momento fuera posible, y casi nadie a su alrededor tiene idea de quiénes son o cómo prepararon el camino para que el presidente hablara.

Esto nos ayuda a comprender un tema que también vemos en el pasaje de esta mañana. Mucho antes de que Jesús aparezca en público, alguien ya ha sido enviado delante de él, preparando todo y señalando, lejos de sí mismo, hacia Aquel que está por venir.

Y al final del pasaje, descubrimos que Aquel para quien se está preparando no solo está en camino. Ya está allí, entre la multitud, y quienes le hacen preguntas a Juan ni siquiera se dan cuenta.

Este es el Dios que encontramos durante el Adviento, un tiempo que nos invita a esperar a alguien que está por venir. Pero lo que nos muestra el pasaje de esta mañana es algo aún más extraordinario que una promesa pendiente. Nos muestra **al Dios que actúa primero** , que envía y llega, a menudo antes incluso de que nos demos cuenta.

Enviado antes de que hablara

6 Vino un hombre llamado Juan. Dios lo envió.
Juan 1:6 NVI

Fíjense en cómo el Evangelio de Juan presenta a este hombre. No nos dice lo que Juan creía, ni cuáles eran sus credenciales, ni cómo se sintió llamado al ministerio. Simplemente dice que fue enviado.
Antes de que Juan predicara un solo sermón, antes de que bautizara a una sola persona en el río Jordán, antes de que pronunciara una sola palabra registrada en las Escrituras, la decisión ya estaba tomada y no fue suya. Dios lo envió.

7 como testigo para dar testimonio de la luz, a fin de que por medio de él todos creyeran. 8 Juan no era la luz, sino que vino para dar testimonio de la luz. Juan 1:7-8 NVI

Y fíjense también en cómo se describe su propósito: no llamar la atención sobre sí mismo, sino dar testimonio, señalar una luz que no era la suya.

Este patrón se repite a lo largo de la historia de Israel. Moisés pastoreaba ovejas en el desierto, sin intención de enfrentarse al faraón, cuando Dios se le apareció en una zarza ardiente y lo envió.

Isaías, quien se describió a sí mismo como un hombre de labios impuros, estaba adorando en el templo cuando

tuvo una visión y recibió una misión. Jeremías protestó diciendo que era demasiado joven, y Dios le respondió que lo conocía y lo había designado incluso antes de que fuera concebido. Ninguno de ellos se presentó como candidato. En todos los casos, primero llegó el llamado y después la respuesta.
Juan simplemente se encuentra en esa misma larga lista, un hombre enviado antes de tener la oportunidad de ofrecerse voluntario.

Todo esto nos revela algo sobre cómo obra Dios antes de decirnos qué debemos hacer nosotros. Este es **el Dios que actúa primero** . Mucho antes de que el ministerio de Juan comenzara, Dios ya había puesto las cosas en marcha, ya había comisionado a un testigo, ya había comenzado a preparar al mundo para lo que estaba por venir. Juan no crea su propia importancia. Simplemente asume un papel que ya estaba preparado para él.

Aquí es donde vemos el corazón del Padre obrando en este pasaje, silenciosamente, en segundo plano, enviando un testigo antes que su Hijo. Antes de que el mundo estuviera preparado, antes de que nadie hiciera las preguntas correctas, el Padre ya estaba actuando, ya enviando, ya preparando el camino para lo que estaba a punto de hacer en Cristo.

Los títulos que rechazó

19 Este es el testimonio de Juan cuando los judíos de Jerusalén enviaron sacerdotes y levitas a preguntarle quién era. Juan 1:19 NVI

Los líderes religiosos de Jerusalén enviaron sacerdotes y levitas (sacerdotes religiosos a tiempo completo) para interrogar a Juan, armados con categorías de enorme importancia en aquel mundo.

El profeta Malaquías había prometido que Elías regresaría antes del gran y terrible día del Señor. El mismo Moisés había prometido en Deuteronomio que Dios levantaría un profeta como él, a quien Israel seguía esperando siglos después.

Y el Mesías, por supuesto, representaba la esperanza que conllevaba todo lo que Israel había anhelado desde su exilio. Cada uno de estos títulos le habría otorgado a Juan autoridad religiosa, credibilidad e importancia inmediatas ante los ojos de todos los presentes.

20 No se negó a declararlo, sino que confesó con
franqueza: —Yo no soy el Cristo. 21 —¿Quién eres
entonces? —le preguntaron—. ¿Acaso eres Elías?
—No lo soy. —¿Eres el profeta? —No lo soy.
(Juan 1:20-21 NVI).

Y Juan las rechaza todas y cada una.
Esto no es una falsa modestia. Es un hombre que sabe perfectamente quién es y, lo que es igual de importante, quién no es.
No aceptará un título que nunca le perteneció, por muy halagador que hubiera sido asentir con la cabeza.
Seguramente sintió una gran presión en ese momento para aceptar al menos uno de esos títulos y aprovecharlo.
En cambio, Juan responde con un rotundo y reiterado no.

Probablemente nunca nos ofrezcan un título tan significativo como el de mesías o profeta, pero conocemos esta presión en formas más pequeñas y cotidianas.

Una familia ya ha decidido quién se supone que debes ser, y vivir de otra manera se siente como decepcionarlos. En el trabajo te dan un título que no refleja tu verdadera vocación, y te encuentras desempeñándola de todos modos.

Un hijo te llama "mamá" o "papá" y te preguntas cómo puedes cumplir adecuadamente con esa responsabilidad.
Incluso algo tan común como un perfil en redes sociales puede convertirse en una identidad cuidadosamente construida a la que nos sentimos presionados a mantener, sea o no cierta.

Juan nos muestra un camino diferente.
La verdadera identidad no necesita tomar prestado el título de otra persona para sentirse importante. Descansa en aquello a lo que Dios nos ha llamado, ni más ni menos, y es completamente aceptable, incluso saludable, decir no a una importancia que nunca nos perteneció.

Una voz, no un título.

Finalmente le preguntaron: «22 —Entonces, ¿quién eres? Tenemos que llevar una respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo?» Juan 1:22 NVI

Finalmente, los sacerdotes y levitas dejan de ofrecerle títulos a Juan y simplemente le piden que se describa a sí mismo.
23 Juan respondió con las palabras del profeta Isaías:
—“Yo soy la voz de uno que grita en el desierto:
‘Enderecen el camino para el Señor’ ”» Juan 1:23 NVI

Y fíjense en la respuesta de Juan. No reclama un rol. No reclama un estatus. Describe una función. Soy una voz. Nada más elaborado que eso. Una voz que clama en el desierto, preparando el camino para alguien más.
Hay una imagen impactante que ha ayudado a numerosos cristianos a comprender exactamente lo que Juan está haciendo aquí.

En el siglo XVI, un artista alemán llamado Matthias Grünewald pintó un gran retablo que representa la crucifixión. Aunque no estuvo presente en el acontecimiento histórico, pintó a Juan el Bautista de pie junto a la cruz, señalando con un dedo largo y exagerado directamente a Jesús.

El teólogo Karl Barth conservó una reproducción de esa pintura sobre su escritorio durante años, porque quería que la obra de su vida apuntara a Jesús. Barth escribió una vez: *«Dar testimonio significa señalar en una dirección específica más allá de uno mismo y hacia otro»*.[3] Juan el Bautista es citado en el Evangelio de Juan:
«27 —Nadie puede recibir nada a menos que Dios se lo conceda —respondió Juan—. 28 Ustedes me son testigos de que dije: "Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de él".». Juan 3:27-28

Juan rechaza todos los títulos que le ofrecen porque toda su identidad se centra en señalar hacia alguien más. Y esta no es una tarea exclusiva de personas como Juan. Es un reflejo de lo que la Iglesia está llamada a ser en cada generación: un cuerpo de personas cuya vida colectiva existe para trascender su propia existencia.

Una congregación no debe llamar la atención sobre sus propios programas, su reputación o su tamaño. Al igual

que Juan, el propósito de la Iglesia es ser una voz, allanando el camino para que las personas vean a Cristo con claridad.

Así es como se vive en respuesta al **Dios que actúa primero** , sin buscar trascendencia personal, sino señalando con alegría a aquel que ya ha comenzado a acercarse a nosotros.

Ya entre nosotros

« Los que habían sido enviados eran de los fariseos. 25 Ellos preguntaron:—Pues, si no eres el Cristo ni Elías ni el profeta, ¿por qué bautizas?26 Juan respondió: —Yo bautizo con agua, pero entre ustedes hay alguien a quien no conocen 27 y que viene después de mí, al cual yo no soy digno ni siquiera de desatarle la correa de las sandalias.». Juan 1:24-27

Aquí llega el punto culminante hacia el que se ha estado preparando todo el pasaje. Los sacerdotes y levitas presionan a Juan. Si no es el Mesías, Elías o el Profeta, ¿por qué bautiza a la gente? Y la respuesta de Juan va más allá de su pregunta, adentrándose en algo mucho más profundo. Les dice que aquel a quien han estado esperando no solo vendrá *pronto.* **Ya** está allí. De pie entre ellos. Desconocido, sin ser reconocido, pero presente. Incluso confiesa que no es digno ni de realizar la tarea

más humilde de un sirviente para el que está por venir: desatarle las sandalias.

28 Todo esto sucedió en Betania, al otro lado del río Jordán, donde Juan estaba bautizando. Juan 1:28 NVI

Juan nos cuenta que todo esto ocurrió en Betania, al otro lado del Jordán, un detalle que se suele pasar por alto, pero que vale la pena mencionar. No se trataba de la Betania cercana a Jerusalén donde vivió Lázaro. Era un lugar completamente distinto, al otro lado del río, frente a las mismas aguas que generaciones atrás marcaron la entrada de Israel a la tierra prometida.

Incluso la geografía evoca silenciosamente la llegada, la de un pueblo que, una vez más, se encuentra al borde de algo nuevo, sin darse cuenta aún de lo cerca que está.

Este es el Hijo entrando en nuestro pasaje, no con ninguna señal externa que hubiera hecho que la multitud se volviera y se quedara mirando, sino simplemente presente, ya entre las mismas personas que interrogan a Juan con tanta atención.

Vale la pena señalar que, tan solo unos versículos antes, el Evangelio de Juan ya nos había dicho que «14 Y el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros. Y contemplamos

su gloria, la gloria que corresponde al Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.» (Juan 1:14).

Esta es la antigua promesa de Emanuel, Dios con nosotros, no un título que describa algo aún por venir, sino un nombre que describa algo que ya es una realidad.

La fe cristiana no comienza con los seres humanos encontrando el camino hacia Dios, sino con Dios viniendo a nosotros en Jesús.

Juan continuará, justo después de este pasaje, contándonos que el Espíritu Santo descendió sobre Jesús como una paloma y permaneció sobre él, la señal misma que el Padre había prometido para el que había de venir. Padre, Hijo y Espíritu Santo, reunidos en silencio a la orilla de un río común, ya obrando antes de que nadie pudiera verlo.

Lo que vemos aquí, entre la multitud a orillas del Jordán, es precisamente esa realidad. Dios ya se ha movido, ya ha venido, ya ha tomado residencia entre su pueblo, independientemente de que alguno de los presentes ese día lo haya reconocido o no.

Esto es algo que vale la pena meditar esta semana.
-¿Y si el Dios que los cristianos profesan está más cerca de lo que pensamos?

-¿Y si la presencia de Dios no se limita a los lugares religiosos?

Los sacerdotes y levitas buscaban a alguien con el título adecuado y casi no lo vieron, pues estaba justo delante de ellos. Corremos el mismo riesgo cada día, al pasar junto a los lugares que Cristo ya ha elegido para estar presente.

Cristo está presente entre nosotros. Y no solo presente, sino que ha actuado por nosotros. Jesús no vino simplemente para mostrarnos cómo regresar a Dios. Vino para hacer por nosotros, en nuestra humanidad, lo que jamás podríamos hacer por nosotros mismos.

Cierre — Una invitación

Así pues, aquí es donde nos deja nuestro pasaje. Mucho antes de que nadie lo pidiera, Dios ya había enviado un testigo. Mucho antes de que nadie lo reconociera, Cristo ya estaba entre su pueblo.
Este es el mismo Dios que hemos seguido a lo largo de todas las lecturas de esta semana, el Dios que ya había hecho grandes cosas por su pueblo en el salmo, que ya había ungido y enviado a su Siervo en Isaías, y que, como nos recuerda Pablo, ya ha demostrado su fidelidad para completar lo que comenzó en nosotros.

Cada uno de estos textos narra la misma historia desde una perspectiva diferente. Este es Dios que siempre ha sido: el que actúa primero, el que actúa antes de que nos demos cuenta, el que está presente antes de que se lo pidamos.

Este Adviento nos invita a algo sorprendentemente sencillo. No se trata de exigirnos que nos esforcemos más por encontrar a Dios, sino de invitarnos a abrir los ojos a un Dios que ya está cerca.

-¿Qué significa esto para nosotros como comunidad?
-¿Qué pasaría si nos convirtiéramos en una congregación que se distingue menos por llamar la atención sobre sí misma y más por reconocer dónde Cristo ya está obrando —en nuestros barrios, escuelas, lugares de trabajo y comunidad— y unirnos a él allí?

La Iglesia no tiene una misión que le pedimos a Dios que bendiga.
Dios tiene una misión, y por gracia le da a la Iglesia un lugar en ella.

-¿Dónde está Dios ya obrando, y cómo nos invita el Espíritu a participar?

No llevamos a Cristo a un mundo sin Cristo. Cristo resucitado ya está delante de nosotros. El Espíritu ya está

obrando. Nuestra vocación es descubrir con alegría dónde ha ido Dios antes que nosotros y unirnos a su obra.

Porque así ha sido siempre, y así sigue siendo hoy. No es un Dios que espera ser invocado, sino el Dios que ya ha venido, que ya está entre nosotros, más cerca de lo que jamás imaginamos.

El Padre envía al Hijo porque Dios se niega a dejar sola a su creación. El Hijo viene entre nosotros en nuestra propia humanidad y se entrega por nosotros.

Y el Espíritu nos abre los ojos para reconocer a Cristo, nos atrae a su vida y nos envía a participar en la obra que Dios ya está realizando en el mundo. Este es el movimiento del Dios trino: del Padre, a través del Hijo, en el Espíritu, y siempre hacia nosotros antes de que nosotros nos acerquemos a él.

¡Dios actúa primero!

---

1. https://nap.nationalacademies.org/read/22371/chapter/8
2. https://barth.ptsem.edu/research/karl-barth-society-of-germany
3. https://lutherandi.wordpress.com/2016/02/12/isenheim-altarpiece/
4. https://www.bibleref.com/Juan/1/Juan-1-28.html

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

- ¿Dónde has visto a Dios obrar en tu vida incluso antes de pedírselo?

- ¿Qué identidad o título te has sentido presionado a aceptar que en realidad no te corresponde?
- ¿Cómo podrías guiar a otros hacia Cristo esta semana?
- ¿Quién es alguien en tu vida con quien podrías estar pasando de largo, donde Cristo ya podría estar presente?

Sermón del 20 de diciembre de 2026 INICIO

Cuarto Domingo de Adviento
Dios edifica su reino en Jesús.

El Adviento nos recuerda que Dios es quien construye su reino. En Jesús, el Rey prometido viene a habitar entre nosotros, revelando el amor de Dios e invitándonos a participar en su obra.

Les recomendamos comenzar su culto y sermón centrándose en el Adviento. El tema del **Cuarto Domingo de Adviento es el Amor.** Pueden incluir reflexionar sobre este tema, leer las Escrituras, encender la cuarta vela de Adviento y ofrecer una oración de gratitud porque Dios es amor y su reino es amoroso.

Mira aquí nuestra guía para la Iglesia durante el Adviento.

Salmo 89:1–4 , 19–26 • 2 Samuel 7:1–11 , 16 • Romanos 16:25–27 • Lucas 1:26–38

El tema de este domingo es que **Dios edifica su reino en Jesús.** En 2 Samuel 7, el rey David desea construir una casa de cedro para colocar el arca de la alianza, que representa la presencia de Dios entre su pueblo. El Señor envía al profeta Natán para decirle a David que nunca pidió a los líderes de Israel que le construyeran una casa. Más bien, Dios le dice que él mismo le construirá una casa

y que engrandecerá su nombre. Este reino perdurará para siempre.

En el Salmo 89 , el salmista celebra la alianza de Dios con el rey David. El Señor promete establecer su descendencia para siempre y edificar su trono para las generaciones venideras. Este rey llamará a Dios su Padre. En el Evangelio de Lucas, el ángel Gabriel es enviado por Dios para hablar con María. Le dice que ha hallado gracia ante Dios y que dará a luz un hijo por obra del Espíritu Santo. Llamará a su hijo Jesús, porque será grande. Será llamado Hijo de Dios y heredará el trono del rey David.

En respuesta, María se somete a la voluntad del Señor. En Romanos 16, el apóstol Pablo concluye su carta con una doxología que describe el misterio del evangelio de Jesucristo, el cual conduce a la obediencia de la fe.

Recordatorio: Este párrafo introductorio tiene como objetivo mostrar la relación entre las cuatro selecciones de Leccionario Comùn Revisado de esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No debe incluirse en el sermón.

Dios edifica su reino en Jesús.

Lucas 1:26–38 **NVI**

El tema de hoy, cuarto domingo de Adviento, es el amor. Apuntando al regreso prometido de Cristo, el Adviento nos invita a bajar el ritmo. Durante el Adviento, reflexionamos sobre la fidelidad de Dios y damos la bienvenida a la luz

en la oscuridad. Que Dios prepare nuestros corazones para la venida de Jesús.

En 2 Samuel 7, el rey David, que gobernaba el antiguo Israel, decidió construirle a Dios una casa de cedro: un templo. Pero Dios le dijo que no sería el rey quien le construiría un templo. De hecho, Dios nunca le había pedido a nadie que le construyera una casa. Dios no necesitaba una casa donde vivir.

En esencia, Dios le dijo: «David, tú no me vas a construir una casa. Yo te la voy a construir a ti». Dios no hablaba de un edificio, sino de una familia y un reino. Le prometió a David que un día surgiría un rey de su familia cuyo reino sería eterno.

Y entonces pasaron los siglos. Los reyes iban y venían. Israel se dividió. Jerusalén cayó. El pueblo de Dios fue llevado al exilio. Finalmente regresaron a casa, solo para encontrarse viviendo bajo el poder de los imperios helenísticos, y luego del Imperio romano. Pasaron generaciones. Y la promesa de Dios a David debió parecerles una promesa olvidada.

Este es uno de los temas sobre los que el Adviento nos invita a reflexionar cada año. El pueblo de Dios esperó siglos el cumplimiento de su promesa a David. Seguramente hubo momentos en que pareció que Dios

guardaba silencio. Sin embargo, el Adviento nos recuerda que el silencio de Dios no significa su ausencia. Él permanece fiel a sus promesas, incluso cuando su cumplimiento tarda más de lo esperado.

Y Dios no lo había olvidado. La historia de Dios no había terminado. Porque cuando Dios hace una promesa, la cumple. Y eso nos lleva a una joven llamada María que vivía en un pueblo común llamado Nazaret.
Escucha lo que nos dice Lucas:

Lee Lucas 1:26-38

26 A los seis meses, Dios envió al ángel Gabriel a Nazaret, pueblo de Galilea, 27 a
visitar a una joven virgen comprometida para casarse con un hombre que se
llamaba José, descendiente de David. La virgen se llamaba María. 28 El ángel se
acercó a ella y le dijo:

—¡Te saludo,[a] tú que has recibido el favor de Dios! El Señor está contigo.[b]

29 Ante estas palabras, María se perturbó y se preguntaba qué podría significar
este saludo.

30 —No tengas miedo, María; Dios te ha concedido su favor —le dijo el ángel—. 31
Quedarás embarazada y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. 32 Él
será un gran hombre y lo llamarán Hijo del Altísimo. Dios el Señor le dará el
trono de su padre David 33 y reinará sobre el pueblo de Jacob para siempre. Su
reinado no tendrá fin.

34 —¿Cómo podrá suceder esto —preguntó María al ángel—, puesto que soy
virgen?[c]

35 Y el ángel dijo:

—El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Así que al santo niño que va a nacer lo llamarán Hijo de Dios. [36] También tu parienta Elisabet va a tener un hijo en su vejez; de hecho, la que decían que era estéril ya está en el sexto mes de embarazo. [37] Porque para Dios no hay nada imposible.

[38] —Aquí tienes a la sierva del Señor —contestó María—. Que él haga conmigo como me has dicho.

Con esto, el ángel la dejó.

La historia de María debe entenderse en el contexto de su época. Es muy diferente a lo que podría suceder hoy. María estaba comprometida con un hombre llamado José. Probablemente, María no interactuaba mucho con José sin la presencia de chaperones.

En su época, estar comprometida equivalía, de hecho, a contraer matrimonio por pacto con un hombre, aunque aún no se viviera con él. Un compromiso podía durar hasta un año antes de que el novio se casara con su novia y la llevara a su hogar.

Pero un día, el compromiso de María fue interrumpido por un mensajero de Dios:
26 A los seis meses, Dios envió al ángel Gabriel a Nazaret, pueblo de Galilea, 27 a visitar a una joven virgen comprometida para casarse con un hombre que se

llamaba José, descendiente de David. La virgen se llamaba María. 28 El ángel se acercó a ella y le dijo:
—¡Te saludo, tú que has recibido el favor de Dios! El Señor está contigo» Lucas 1:26-28

Como es lógico, para María debió ser una experiencia impactante: conversar con un ángel. Seguramente quedó atónita y maravillada. El ángel la anima:

«¡El Señor está contigo!».
29 Ante estas palabras, María se perturbó y se preguntaba qué podría significar este saludo.
30 —No tengas miedo, María; Dios te ha concedido su favor —le dijo el ángel—.». Lucas 1:29-30 (NVI)

Nótese que el ángel enfatiza que María ha recibido el favor de Dios. Gabriel la llama: «¡Dios te ha concedido su favor!». Lo que Dios le da a María no es merecido, no lo ha ganado, y ella no puede hacer nada para obtenerlo. Más bien, es un don de gracia para ella: un favor.

Gabriel continúa su mensaje:
31 Quedarás embarazada y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. 32 Él será un gran hombre y lo llamarán Hijo del Altísimo. Dios el Señor le dará el trono de su padre David 33 y reinará sobre el pueblo de Jacob para siempre. Su reinado no tendrá fin… Lucas 1:31-33

De repente, volvemos a estar en la historia de Dios. Ahí está. La promesa no ha muerto. Dios no se ha olvidado de David. Dios no ha abandonado a Israel. Dios no ha cambiado de opinión. Dios está cumpliendo su promesa. Y María es invitada a participar en la misión de Dios.

Él está estableciendo su reino eterno, el mismo que estableció a través del rey David. Tanto Mateo como Lucas remontan la ascendencia de José y María a David: José a David a través de Salomón y María a través de Natán; un derecho legal al trono a través de José y una línea biológica a través de María.

Ahora Dios iba a hacer algo nuevo, e incluiría a María en su plan. Pero lo haría de una manera inimaginable. El reino eterno no llegará a través de un palacio magnífico, un ejército poderoso ni un rey rico. Comienza con un bebé. Comienza en el vientre de María. Comienza con Dios mismo entrando en nuestra vida humana.
Dios construye su reino en Jesús.

A continuación, María hace una pregunta importante:

34 —¿Cómo podrá suceder esto —preguntó María al ángel—, puesto que soy virgen?» Lucas 1:34 (NVI)

Enseguida, ella quiere saber cómo Dios va a hacer esto y cuál será su papel. ¿Qué tiene que hacer? Pero **Dios**

edifica su reino en Jesús, y no necesita a María para que lo construya por él. Solo quiere su participación.

35 Y el ángel dijo:—El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Así que al santo niño que va a nacer lo llamarán Hijo de Dios. 36 También tu parienta Elisabet va a tener un hijo en su vejez; de hecho, la que decían que era estéril ya está en el sexto mes de embarazo. 37 Porque para Dios no hay nada imposible…Lucas 1:35-37

Fíjate de nuevo en quién actúa. María no hace que el milagro ocurra. María no construye el reino de Dios para él. María recibe lo que Dios está haciendo.
El Padre envía al Hijo. El Hijo asume nuestra humanidad como propia. El Espíritu Santo hace posible este nuevo comienzo en el vientre de María.

Padre, Hijo y Espíritu Santo actúan juntos por nosotros. Los cristianos usan la palabra Trinidad para describir este misterio: hay un solo Dios que es eternamente Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y aquí, en el vientre de María, el Dios trino actúa para salvar y restaurar su creación.
El Padre envía amor. El Hijo viene a ser uno de nosotros. El Espíritu Santo hace posible la vida humana del Hijo en María. La salvación es obra de Dios de principio a fin.
Y lo que Dios hace aquí es aún mayor que concederle un milagro a María. Dios se entrega a nosotros. El Hijo eterno

de Dios se hace verdaderamente humano. Aquel por quien fue creado el universo se convierte en un niño dentro de su propia creación.

Toma nuestra carne. Comparte nuestra vida. Entra en nuestro mundo.

Esto es la Encarnación. Significa, sencillamente, que el Hijo de Dios se hizo verdaderamente humano sin dejar de ser Dios. Dios no salva a la humanidad desde la distancia. Dios se entrega por completo a nuestra humanidad. Así es como Dios construye su reino.

¿En qué situación imposible te encuentras hoy?
¿Dónde sientes que tus fuerzas flaquean?

Dios no elimina todas las dificultades como esperamos ni en el plazo que deseamos, pero está presente y activo incluso en situaciones que nos parecen imposibles. Tal vez te invita a confiar en él, a darte cuenta de dónde ya está obrando o a recibir una esperanza diferente a la que imaginaste inicialmente. Nuestras limitaciones humanas no son un problema para nuestro Dios trino.

Pablo oró para que los efesios se fortalecieran sabiendo que Dios es capaz de hacer mucho más de lo que podemos pedir o imaginar (Efesios 3:20).

Ahora leamos la respuesta de María:

38 —Aquí tienes a la sierva del Señor —contestó María—.
Que él haga conmigo como me has dicho.
Con esto, el ángel la dejó... Lucas 1:38 (NVI)

Su respuesta es hermosa. Pero fíjense en el orden. Dios actúa primero. Dios elige. Dios promete. Dios da. El Espíritu actúa. Y María recibe.
María no es la heroína de una historia sobre cuánto podemos lograr para Dios si estamos dispuestos. María es testigo de la gracia de un Dios que, con generosidad, incluye a los seres humanos en su obra.

Ella participa en la misión de Dios. Llevará a Jesús en su vientre. Lo dará a luz. Lo sostendrá en brazos y lo alimentará. Verá crecer al Hijo eterno de Dios dentro de la vida humana que él ha hecho suya. Experimentará la alegría de ser su madre y, finalmente, el terrible dolor de verlo morir.
Pero el reino de Dios no depende de la capacidad de María para construirlo.
Dios construye su reino en Jesús.
Y eso cambia nuestra manera de entender nuestra participación en la obra de Dios.

Dios edifica su reino en Jesús y nos invita a participar en este proceso. En este caso, María lleva al niño Jesús en su vientre y lo da a luz en Belén. Ella lo cría y le permite crecer hasta convertirse en un adulto maduro que ama al Señor y le sirve fielmente. Esta fue su participación en la obra de Dios para redimir a su pueblo y edificar su reino.

Esto nos lleva de vuelta al punto de partida: David quería construirle a Dios una casa grandiosa, un templo digno de su presencia. Pero la respuesta de Dios a David demostró que su reino no se construiría en torno a templos y castillos, ni en torno a lo que los seres humanos pudieran construir para él.

Lo que Dios está edificando en Jesús es un reino de personas, su Cuerpo. Dios está formando una nueva humanidad en Cristo: un pueblo cuya vida en común da testimonio del reino venidero de Dios.

En Jesús, Dios llama a todos a adorarlo en espíritu y en verdad (Juan 4:24).

Este es un reino de corazones y mentes consagrados al Dios trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Mediante Jesús, todos son incorporados a la comunión divina entre nuestro Padre celestial y su Hijo Jesucristo por medio del Espíritu Santo.

Este niño que María llevará en su vientre es el Hijo de Dios encarnado. Llamado Jesús al nacer, vivirá una vida verdaderamente humana. No pecará. Y permitirá que aquellos a quienes vino a salvar lo maten. Muriendo en la cruz, Jesús eliminará todo pecado, maldad y muerte, poniendo fin a ellos con su propia muerte. Y será sepultado, como todo ser humano al morir.

Pero el milagro que perdura es que Jesús resucitó de entre los muertos. El reino que Jesús inició durante su ministerio terrenal no terminó, sino que continuó de una manera nueva. En Jesús, todo ser humano fue elevado a la vida eterna. En él, los seres humanos recibieron el don de la vida eterna y fueron llevados con Jesús a la íntima comunión del Hijo de Dios con su Padre en el Espíritu.

El Espíritu Santo procede del Padre por medio de Jesús. Y Dios nos invita ahora, por medio del Espíritu, a participar en su obra en este mundo.

Nos invita a participar en la misión que le encomendó a su Hijo Jesús: edificar su reino aquí en la tierra como en el cielo.

Dios nos ha enviado su Espíritu para que, por la fe, podamos participar de la relación personal de Jesús con su Padre en el Espíritu. Y para que, por la fe, podamos participar de la misión de Jesús aquí en la tierra.

Dios edifica su reino en Jesús y nos invita a participar con él en su misión. ¡Pero no se equivoquen! No hacemos avanzar el reino de Dios mediante el progreso social.

Mediante su vida, muerte, resurrección y ascensión, Jesús ya ha obtenido la victoria decisiva sobre el pecado, el mal y la muerte.

Por medio del Espíritu Santo, Dios continúa dando a conocer y manifestando lo que Cristo ha logrado. Él obra sanación donde hay dolor, esperanza donde hay desesperación y renovación donde el pecado y la muerte han dejado su huella. Nos invita a unirnos a él para dar testimonio de su reino y servir a los demás de maneras que reflejen su amor y gracia.

Dios, por medio del Espíritu Santo, sigue dando a conocer y manifestando lo que Cristo ha logrado, atrayendo a las personas a la vida, la libertad y la comunión que les pertenecen en él. La obra salvadora de Cristo está completa; la actividad redentora de Dios en el mundo continúa.

Dios terminará lo que empezó. Dios no abandona sus promesas. Dios no deja su obra sin terminar.

El Padre nos ha dado a su Hijo. El Hijo ha asumido nuestra humanidad. El Espíritu nos ha unido a la vida de Jesús. Y el Dios que comenzó esta obra la terminará.
El Adviento no solo nos enseña a recordar la primera venida de Cristo, sino también a mirar hacia adelante con esperanza a su regreso. El mismo Jesús que se presentó ante María con humildad volverá en gloria. Mientras esperamos, confiamos en que Dios completará lo que ha comenzado.

Porque un día Jesús regresará. Todo lo que el pecado, la maldad, la injusticia, el sufrimiento y la muerte han dañado, finalmente será renovado.

La muerte desaparecerá. Las lágrimas serán enjugadas. La creación será sanada. Y la humanidad participará plenamente de la vida que Dios planeó para nosotros desde el principio.

Hasta entonces, no vivimos con la ansiedad de preguntarnos si seremos capaces de hacer lo suficiente para Dios.

Vivimos con esperanza. Vivimos con los brazos abiertos. Vivimos juntos como personas que nos hemos visto

envueltas en algo mucho más grande que nosotros mismos.

Buscamos lo que el Padre ya está haciendo. Confiamos en el Hijo, que ya ha hecho por nosotros lo que jamás podríamos haber hecho por nosotros mismos. Y seguimos al Espíritu, que nos atrae a la vida y misión de Jesús.

Las palabras de María pueden convertirse en nuestra respuesta de gratitud, no en una carga impuesta sobre nosotros, sino en la respuesta que la gracia crea en nuestro interior: «Hágase en mí según tu palabra».
Porque el futuro del reino de Dios no descansa en última instancia sobre María. No descansa sobre David. Y no descansa sobre nosotros. Descansa sobre la fidelidad del Padre, la obra consumada del Hijo y el poder vivificante del Espíritu Santo.

Dios edifica su reino en Jesús.
No ha abandonado su mundo. No ha olvidado sus promesas. No ha dejado que la humanidad se salve a sí misma.
Dios ha venido a nosotros. Dios está con nosotros. Dios está renovando todas las cosas. Y Dios terminará lo que ha comenzado.

En este cuarto domingo de Adviento, al reflexionar sobre el amor de Dios, lo vemos aquí con mayor claridad. El Padre envía al Hijo, no porque la humanidad se haya ganado su favor, sino porque Dios ama al mundo y desea atraernos a su vida y a su comunión.
Gracias a Dios.

Profundiza Aquí hay algunos pasajes más sobre cómo Dios hace lo imposible y cómo nada es imposible para él: Mateo 19:16–26 ; Génesis 18:11–14 ; 21:1–3 ; Hechos 2:22–24

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

- David quería construir una casa para Dios, pero Dios prometió construir un reino eterno a través de la familia de David. ¿Qué nos enseña esto sobre la diferencia entre lo que queremos hacer por Dios y lo que Dios está haciendo por nosotros?

- María preguntó: «¿Cómo será esto?», antes de responder: «Hágase en mí según tu palabra». ¿Qué podemos aprender de la manera en que María llevó sus preguntas y su confianza a Dios?
- El sermón enfatiza que Dios edifica su reino en Jesús y nos invita a participar. ¿De qué maneras podemos unirnos a Jesús en su obra de sanación, esperanza y renovación en nuestras familias, lugares de trabajo, vecindarios o iglesia?
- El Adviento nos recuerda tanto la primera venida de Cristo como su futura vuelta. ¿Cómo influye la promesa de que Dios completará lo que ha comenzado en nuestra manera de afrontar la incertidumbre, el sufrimiento o el desaliento hoy en día?

Breve idea para el sermón para la víspera o el día de Navidad. (24-25 diciembre) INICIO

Navidad: La promesa cumplida

En aquella primera noche de Navidad, la promesa de salvación de Dios se hizo persona: Jesucristo. Nacido en la humildad, trae la luz del amor de Dios al mundo y abre el camino para que toda la creación sea renovada.

Este año, en lugar de ofrecer un sermón navideño de muestra, les animamos a crear su propio servicio navideño con un enfoque misionero que se adapte bien a su contexto.

Puedes crear una experiencia de culto que se sienta claramente cristiana, pero que a la vez ofrezca puntos de acceso sencillos para vecinos y visitantes que no asisten a la iglesia.

La Navidad es una época maravillosa para invitar a los vecinos a la iglesia. Podemos celebrar un servicio de Nochebuena o Navidad verdaderamente solemne sin dar por sentado que todos los presentes conocen el culto cristiano.

El objetivo no es restarle fervor cristiano al servicio para los vecinos, sino hacer que el significado de lo que hacemos sea excepcionalmente claro, acogedor, hermoso y participativo. No eliminamos los elementos cristianos; los explicamos brevemente.

El énfasis debe estar en que Dios viene a nosotros antes de que nosotros vengamos a Él. Dios es quien ya está «actuando, enviando y llegando» incluso antes de que la gente se dé cuenta. Esto también ayuda a que la Navidad se conecte naturalmente con todo el evangelio, en lugar de terminar en Belén.

La adoración consiste en participar en la obra continua de Jesús por medio del Espíritu, recordándonos unos a otros quién es Dios y dando testimonio a los demás. Un servicio navideño puede ser un testimonio para nuestros vecinos.

Sermón del 27 de diciembre de 2026
Primer domingo después del día de Navidad **INICIO**

¿Reconocemos a Jesús como el giro inesperado en la historia de nuestras vidas? Él completa no solo tu historia, ni la mía, sino la gran historia de toda la humanidad. ¡Jesús recoge nuestros pedazos rotos, los une y nos restaura por completo!

Salmo 148:1–14 • Isaías 61:10–62:3 • Gálatas 4:4–7 • Lucas 2:22–40

El tema de este domingo es **Jesús es nuestro Redentor.** En el Salmo 148 , toda la creación está llamada a alabar al Dios que hizo todas las cosas y que las sostiene. Solo el nombre de Dios debe ser exaltado, porque su gloria está por encima de todo.

Él comparte su alabanza con su pueblo, al que ama. El profeta Isaías declara que el Señor Dios hará surgir la alabanza y la justicia. El Señor dará a su pueblo un nombre nuevo y lo vestirá con «vestiduras de salvación» y un «manto de justicia». En la mano de Dios, su pueblo será una «corona de belleza» y una «diadema real»

(Isaías 61:10 ; 62:1-3 NVI). En el Evangelio de Lucas, leemos acerca de un hombre llamado Simeón, que había esperado con anhelo al Niño Jesús.
Cuando ve a Jesús, lo abraza y lo bendice.
Proféticamente, anuncia a la multitud que un día el niño traerá salvación a todos y será «luz para revelación a los gentiles» (Lc. 2:32 , 34).

El apóstol Pablo explica a los Gálatas cómo Dios, en el momento oportuno, envió a su Hijo para redimirnos. Jesús nos hizo hijos adoptivos de su Padre. Como somos sus hijos y herederos, Dios envía su Espíritu a nuestros corazones. De esta manera, nos permite escuchar el «¡Abba! ¡Padre!» de Jesús en nuestro interior.

Jesús es nuestro Redentor

Lucas 2:22–40 NVI

¡Feliz Navidad! Sí, aún podemos decirlo. Puede que el día de Navidad ya haya pasado, que los regalos se hayan abierto y que algunos ya estemos pensando en quitar la decoración. Pero en el calendario litúrgico cristiano, la Navidad no es solo un día; es toda una temporada.
Durante siglos, los cristianos han celebrado los doce días de Navidad, desde el 25 de diciembre hasta el 5 de enero, antes de la celebración de la Epifanía el 6 de enero. De ahí

proviene la conocida expresión «los doce días de Navidad». Mucho antes de que se asociara con una canción sobre perdices, anillos de oro y tamborileros, la Iglesia dedicaba tiempo a reflexionar sobre la buena noticia de la Encarnación: la asombrosa verdad de que el Hijo eterno de Dios se hizo verdaderamente humano y habitó entre nosotros.

Y quizás doce días aún no sean suficientes. La Navidad anuncia algo demasiado maravilloso como para dejarlo pasar: Dios ha venido a nosotros. El Hijo de Dios ha entrado en nuestra humanidad. Se ha hecho uno de nosotros, asumiendo nuestra vida humana para sanarla, restaurarla y redimirla.

Por eso, en este primer domingo después de Navidad, seguimos con el Niño Jesús. Lucas nos lleva de Belén al templo de Jerusalén, donde María y José llevan al niño Jesús entre la multitud de fieles. La mayoría probablemente ve solo a otra familia joven con un bebé. ¡Pero Jesús no es un bebé cualquiera!

La Navidad no es solo el anuncio del nacimiento de Jesús. Es el anuncio de quién es este niño y qué ha venido a hacer.

Recordatorio: Este párrafo introductorio tiene como objetivo mostrar la relación entre las cuatro selecciones de Leccionario Comùn Revisado de esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No debe incluirse en el sermón.

Jesús es nuestro Redentor.
En este primer domingo después de Navidad, leemos un poco más sobre el Niño Jesús en el Evangelio de Lucas:

Lee Lucas 2:22-40 NVI
María y José han llegado al templo con una ofrenda. Pero antes de que termine esta historia, descubrimos que Dios ha dado la ofrenda más grande : **¡la más grande!** El Padre nos ha dado a su Hijo. Y esto es lo que celebramos en Navidad: Jesús ha venido al mundo.
Jesús vino, nacido como un bebé, como un niño bajo la Ley de Moisés.

Sus padres eran de la antigua tribu de Judá, conocidos entonces como judíos. Y sus padres hicieron lo que creían necesario para obedecer debidamente a Dios. María y José llevaron a Jesús al templo porque eran parte de Israel, el antiguo pueblo de Dios, y esto era lo que la ley de Dios ordenaba a las familias.

Pero observemos con más detenimiento al niño que llevaban en brazos.
Lo sorprendente no es simplemente que María y José obedecieran estos antiguos preceptos. Lo sorprendente es **a quién** llevaban consigo al templo.

Aquel que dio la Ley se sometió a ella. María y José traen a Jesús para que participe en la vida de Israel bajo la Ley, pero este niño es el Hijo eterno del Padre que ha entrado en nuestra humanidad para redimirla. No se mantiene al margen de nuestra condición humana para decirnos cómo reconciliarnos con Dios. Él entra en ella. Toma nuestra vida como propia. Él cumple por nosotros lo que nosotros no podemos hacer por nosotros mismos.
Jesús ha entrado plenamente en nuestra historia humana.

Así de profundamente Dios ha entrado en nuestras vidas: Jesús no redime a la humanidad desde la distancia. El Hijo eterno del Padre se hace uno de nosotros.

Asume nuestra humanidad como propia, desde la infancia hasta el sufrimiento y la muerte. Vive fielmente dentro de nuestra historia humana quebrantada, y a través de su muerte y resurrección lleva esa historia a una nueva vida.

Jesús es nuestro Redentor.

Jesús es el primogénito de María. El niño que María concibió es el Hijo eterno que siempre ha compartido la vida y el amor del Padre. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios en tres Personas. Dios siempre ha vivido como tres Personas iguales y únicas en un solo Ser, perfecto en amor y unidad.

El Padre envía a Jesús para redimir a la humanidad. Esto es algo que solo Jesús puede hacer, como el único Hijo de Dios (Juan 3:16-17). El Padre envió a su Hijo, engendrado eternamente, y nació de la virgen María. Jesús, como Dios hecho hombre, es el Hijo primogénito de Dios.

Jesús es nuestro Redentor, y a él fue a quien María llevó en brazos al templo.

Lucas 2:25-32:
25 Ahora bien, en Jerusalén había un hombre llamado
Simeón, que era justo y devoto, y aguardaba con
esperanza la consolación de Israel. El Espíritu Santo
estaba con él 26 y le había revelado que no moriría sin
antes ver al Cristo del Señor. 27 Movido por el Espíritu, fue
al Templo. Cuando al niño Jesús lo llevaron sus padres
para cumplir con la costumbre establecida por la Ley, 28
Simeón lo tomó en sus brazos y bendijo a Dios:

29 «Según tu palabra, Soberano Señor,
ya puedes despedir a tu siervo en paz.
30 Porque han visto mis ojos tu salvación,
31 que has preparado a la vista de todos los pueblos:
32 luz que ilumina a las naciones
y gloria de tu pueblo Israel».

¿Qué vio aquel anciano al mirar a un bebé común y corriente que le hizo decir: “He visto la salvación de Dios”?

La salvación de Dios ha llegado, y Simeón lo sostiene en sus brazos. Por eso Simeón puede sostener a este niño y decirle: «Mis ojos han visto tu salvación». La salvación no es algo que Simeón deba lograr. La salvación es una Persona. La salvación es Jesús.

El Espíritu Santo inspiró a Simeón a decir varias cosas acerca de Jesús: Jesús es la salvación de Dios; Dios lo preparó pensando en todas las naciones; Jesús será una luz para la revelación a los gentiles (no judíos) y para la gloria del antiguo Israel. Simeón señala a Jesús como el Mesías o Salvador de su pueblo.

Lucas continúa:
33 El padre y la madre del niño se quedaron maravillados por lo que se decía de él. 34 Simeón les dio su bendición y dijo a María, la madre de Jesús: «Este niño está destinado a causar la caída y el levantamiento de muchos en Israel, y a crear mucha oposición,[a] 35 a fin de que se manifiesten las intenciones de muchos corazones. En cuanto a ti, una espada te atravesará el alma».». Lucas 2:33-35

Las palabras de Simeón debieron sonar extrañas para los padres de Jesús. Pero tenemos la ventaja de poder interpretarlas a través de los relatos de los Evangelios.

- «designado para la caída y el levantamiento de muchos en Israel»: Jesús trastoca las expectativas. Algunos que parecen seguros y poderosos serán humillados, mientras que otros que parecen olvidados o sin esperanza serán enaltecidos. La venida de Jesús trae consigo un gran cambio.
- “Una señal que genera oposición”: Jesús revelará a Dios al mundo, pero no todos lo recibirán con los brazos abiertos. Será rechazado y se opondrán a él, lo que finalmente lo llevará a la cruz.
- «Una espada traspasará también tu alma» —Simeón se dirige directamente a María. Amar a este niño le acarreará un profundo dolor. Verá a su hijo rechazado, sufrir y morir.

Y a través de todo esto, Jesús revelará lo que se esconde en el corazón humano. La gente tendrá que enfrentarse a quién es él y al Dios que revela. Incluso aquí, cuando Jesús aún es un bebé, Lucas nos señala hacia la cruz. El Redentor ha entrado en nuestro mundo y llegará hasta nuestro rechazo, sufrimiento y muerte para llevarnos a su vida.

Jesús es nuestro Redentor .

36 Había también una profetisa, Ana, hija de Penuel, de la tribu de Aser. Era muy anciana; casada de joven había vivido con su esposo siete años 37 y luego permaneció viuda hasta la edad de ochenta y cuatro.[a] Nunca salía del Templo, sino que día y noche adoraba a Dios con ayunos y oraciones. 38 Llegando en ese mismo momento, Ana dio gracias a Dios y comenzó a hablar del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén… Lucas 2:36-38

Cuando la profetisa Ana ve a Jesús, comienza a dar gracias a Dios. Y empieza a hablarles a todos los que la rodean acerca de Jesús. Guiada por el Espíritu Santo, ve que este niño redimirá a su pueblo. **Jesús es nuestro Redentor** y todos deben dar gracias con ella por el don de la redención que Dios nos concede.

La salvación de Dios nunca estuvo destinada a permanecer dentro del templo. En Jesús, la luz de Dios ya se extiende hacia las naciones. El Padre está restaurando su creación a través del Hijo, y el Espíritu sigue abriendo los ojos para que vean a Jesús y atrayendo a las personas a su vida. La Iglesia tiene la oportunidad de participar en una misión que Dios ya ha comenzado.

Después de que María y José oyeron a Simeón y Ana pronunciar estas maravillosas palabras sobre Jesús, regresaron a casa. Jesús creció como cualquier niño, convirtiéndose en un joven sano y sabio. Leemos:

39 Después de haber cumplido con todo lo que exigía la Ley del Señor, José y María regresaron a Galilea, a su propio pueblo de Nazaret. 40 El niño crecía y se fortalecía; se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios lo acompañaba...Lucas 2:39-40

Cuando Jesús era niño, sus padres hicieron todo lo posible por cumplir la Ley de Moisés. Esto significaba ir al templo, ofrecer un sacrificio apropiado y hacer lo que creían que Dios les indicaba según la Ley. Era su mayor esfuerzo por servir a Dios.

Jesús toma nuestros mejores esfuerzos por servir a Dios y los redime. Jesús no solo perdona nuestra respuesta fallida a Dios; Jesús le da a la humanidad la respuesta humana y fiel a Dios que nosotros mismos jamás podríamos dar a la perfección.

Jesús redime las dificultades, los desafíos, los fracasos y las tristezas de nuestra vida. Él toma lo que nos pertenece, lo que ha caído en la ruina, y lo redime, mediante su muerte y resurrección, por una nueva vida. En Jesús, la

humanidad no solo es redimida **por Dios** , sino que es fielmente ofrecida **a Dios** .
Jesús es nuestro Redentor.

La encarnación significa que el Hijo de Dios no redimió a la humanidad desde la distancia. Entró en la vida humana: la infancia, la familia, el crecimiento, las relaciones, la vulnerabilidad, el dolor, la muerte. No hay aspecto de la existencia humana que Jesús haya considerado inferior. Dios no rescata a la humanidad dando órdenes desde el cielo. El Hijo se convierte en uno de nosotros.

Tal vez haya algo en tu familia o en tu infancia que nunca se haya sanado ni restaurado. Tal vez te perdiste experiencias que otros niños disfrutaron. Tal vez te robaron tu infancia a causa del abuso o el sufrimiento. Jesús toma en sí nuestras historias humanas rotas y crea un pueblo redimido que aprende a compartir las cargas, la esperanza, el dolor y la sanación de los demás.

Jesús es nuestro Redentor. Jesús ha tomado incluso nuestras heridas más profundas y las ha traído a la vida humana que vino a redimir. Nuestro dolor no está fuera del alcance de la sanación de Jesús, nuestros fracasos no están fuera del alcance de su gracia, y nuestras historias no están fuera del alcance de su amor renovador.
Nada escapa al poder de Jesús para transformar, sanar y renovar. **Jesús es nuestro Redentor**. Es nuestro hermano

mayor, el primogénito de la familia de Dios, y trabaja constantemente para redimirnos, restaurarnos y renovarnos. La redención no solo está disponible, sino que se consuma. La redención de Cristo. Él nos redimió —en tiempo pasado, consumado—. Y la labor continua consiste en que el Espíritu Santo traiga el fruto de esa redención consumada a nuestras vidas y, en última instancia, a toda la creación.

En esta buena noticia encontramos gran consuelo y aliento, confiando en su amor y gracia, pues Él renueva todas las cosas. El Padre envió al Hijo a nuestra humanidad. El Hijo tomó nuestra vida como suya para redimirla. Y el Espíritu nos abre los ojos para reconocer en Jesús la salvación que el Padre nos ha dado.

Entonces, ¿qué nos revela Lucas 2 acerca de qué clase de Redentor es Jesús?

Esta es la asombrosa buena noticia: el Hijo eterno ha entrado en nuestra vida humana ordinaria, ha asumido nuestra humanidad, ha cumplido por nosotros lo que nosotros no podíamos cumplir por nosotros mismos y, mediante su muerte y resurrección, nos ha redimido. El Padre lo envió al mundo, y el Espíritu nos abre los ojos y nos introduce en su vida redimida.
¡Feliz Navidad! La salvación de Dios ha llegado, Simeón lo sostiene en sus brazos y Ana alaba a Dios.

Jesús es nuestro Redentor.

Profundizando: En Levítico 12:1–8 , aprendemos un poco más sobre lo que José y María hacían en el templo.

Aprendemos que la Ley de Moisés decía que una mujer debía hacer una ofrenda después de dar a luz. Se la consideraba ceremonialmente impura durante un número determinado de días después del parto, dependiendo de si daba a luz a un niño o una niña. Esto significaba que no podía participar en los servicios religiosos ni estar cerca de otras personas. Cuando terminaba el tiempo de separación, debía ofrecer un cordero. O, si no podía permitirse un cordero, debía ofrecer dos tórtolas o dos palomas. Entonces se la consideraría pura.

En Éxodo 13:2 , 12 , aprendemos que Dios les pidió a los antiguos israelitas que apartaran a todos los primogénitos varones para servirle. Cada primogénito debía ser redimido con cinco siclos para el santuario. Este dinero se entregaba al sumo sacerdote para el servicio del santuario, que en aquel entonces era el tabernáculo.

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

- ¿Qué es lo que más te llama la atención de que Jesús fuera llevado al templo como un niño común y

corriente, y que, sin embargo, se revelara como la salvación de Dios?

- Simeón dice: «Mis ojos han visto tu salvación». ¿Cómo influye en nuestra fe el recordar que la salvación no es solo algo que Jesús da, sino quién es Jesús?
- El sermón dice que Jesús no redime a la humanidad desde la distancia, sino que entra plenamente en nuestra vida. ¿Qué parte de esa verdad te resulta especialmente reconfortante o significativa?
- Lucas 2 muestra a Jesús redimiendo la vida humana cotidiana: la familia, el crecimiento, la debilidad, la obediencia, el dolor y la esperanza. ¿En qué áreas necesitas confiar más en Jesús como Redentor ahora mismo?

INICIO